

XVI.

NOCHISTLÁN.

MUERTE DEL CONDE DE GANTS.



finés de 1865, la guerra civil había casi terminado en los Estados Unidos del Norte, y hasta entonces, ni Napoleón III, ni Maximiliano, habían obtenido el reconocimiento del Imperio por aquella nación, contra cuya preponderancia en América venía luchando, hacía ya tiempo, el Emperador de los franceses.

Al declarar los Estados Unidos, que sólo reconocían como legítimo el Gobierno de Juárez, las notas diplomáticas cambiadas entre el Emperador francés y el gabinete de Washington, fueron adquiriendo un tono cada vez más agresivo, hasta llegar al grado de casi provocar un rompimiento.

Maximiliano, comprendiendo lo apremiante de aquella situación, exasperado por sus desastres financieros, hostigado por las absurdas pretensiones del partido conservador, profundamente disgustado por las intrigas de Bazaine, y sintiendo ya el próximo abandono del monarca francés, cometió aquel enorme desacierto, aquel gran atentado que, bajo el nombre de «Ley de 3 de Octubre,» debía empañar con sangre el brillo de su nombre y de su historia.

Como si no fuesen bastantes para encender el odio y los rencores del pueblo escarnecido, las sangrientas hazañas del siniestro Dupin, los actos execrables de Berthelin, de Tourre, de Marechal y otros verdugos, vino el asesinato de los patriotas Salazar, Arteaga, González, Díaz y Villagómez, cometido en Uruápam, por el traidor Ra-

món Méndez, al amparo de aquel negro decreto, que también *fué firmado por ministros nacidos en suelo mexicano.*

Por fortuna, las armas nacionales empezaban á ser las vencedoras, y con ellas iba por todas partes la victoria. Nuestras tropas empezaban á estar organizadas.

Escobedo tenía el mando del Norte; Corona el de Occidente; Régules mandaba el ejército del Centro, y Porfirio Díaz los Estados de Oriente.

Régules había tomado la plaza de Tacámbaro, defendida por belgas y traidores: los sitiados cometieron la infamia de colocar á la esposa y á los hijos del jefe sitiador, en las trincheras, y el General republicano las asaltó, como Guzmán el Bueno lo había hecho en el sitio de Tarifa.

El Gral. Terrazas triunfaba en Chihuahua; el Gral. Corona en Villa Unión, Concordia y Palos Prietos; García de la Cadena en Zacatecas; Viesca y Treviño en Santa Isabel, en donde hicieron 79 prisioneros franceses; y Escobedo en Santa Gertrudis, arrebatando á Olivera el cuantioso convoy que custodiaba.

Entretanto, Porfirio Díaz luchaba sin descanso en las montañas de Oaxaca.

«Estando en Tlapa, supe que una Columna, mandada por el Gral. D. Juan Ortega, procedente de Oaxaca, trataba de penetrar al Estado de Guerrero por Jamiltepec y Pinotepa, y que traía armamento para organizar un batallón, que se llamaría «Batallón de Jamiltepec.»

«Auxiliado por el Gral. Álvarez con una fuerza de 200 hombres, que mandaba el Coronel D. Antonio Reguera, emprendí mi marcha por Ometepec hacia Jamiltepec, con objeto de encontrar á Ortega; y estando acampado en una ranchería, que se llama Lo de Soto, el 25 de Febrero de 1866, la avanzada que tenía sobre el camino, á tres leguas, y compuesta de vecinos armados, abandonó su puesto sin replegarse al campamento, y por consiguiente, sin que yo pudiera tener oportuno aviso de la presencia del enemigo, de la que me di cuenta cuando ya hacía fuego sobre mis soldados.

«Al oír los primeros tiros, salí de un jacal que me servía de alojamiento, y me encontré con la caballería contraria á muy corta distancia, que comenzó á disparar sobre mí. No tuve más recurso que volver al mismo jacal; tomé mis pistolas, que estaban en mi montura, y me abrí paso, rompiendo, por la parte posterior, la pared del jacal, que era de mimbre, é hice otro tanto con otros dos que seguían hacia atrás, porque al entrar sucesivamente en cada uno, mis perseguido-

res iban ocupando el frente. Cuando salía de la última horadación, encontré por casualidad á un oficial con diez hombres montados y armados, que horas antes me había pedido permiso para ir á bañarse al río, distante cosa de una legua, y que regresaba en esos momentos: tomé su caballo, y con esos diez hombres cargué sobre el enemigo, eficazmente secundado por algunos soldados del Batallón «Fieles de Oaxaca,» que con el Teniente Coronel D. Martín Rivera, habían ocupado un pequeño promontorio que estaba en el centro de la ranchería, y desde donde hacían certeros fuegos sobre la caballería enemiga. Con tal ayuda, pude hacerla retroceder hasta pasar una barranca, único paso que tenía, y que era por donde había podido llegar á mi campo sin ser sentida, sólo porque la avanzada á que he aludido no cumplió su cometido.

«Una vez que logré arrojar la caballería enemiga al otro lado de la barranca, permanecí defendiendo el estrecho; pero á poco se me incorporó el Teniente Coronel D. Marcos Bravo, con 20 hombres, que hasta esos momentos habían podido ensillar sus caballos, y pocos instantes después se me presentó el Teniente Coronel D. Bernardino García, con otros 100 más.

«Así reforzado, pasé la barranca, poniendo en retirada á la caballería enemiga, que perseguí hasta el rancho del Alacrán, donde ya no pude continuar, por haberse incorporado á su Infantería y Artillería, que constituía el núcleo principal de la fuerza enemiga. Entonces comencé á retroceder, y ordené que el Gral. Leyva, que había organizado nuestra infantería, marchara á Los Horcones, rumbo á Ometepec, pues en ese lugar podría presentarse acción con ventaja. Una vez en Los Horcones, yo también me coloqué en condiciones de resistir un ataque; pero el enemigo no lo intentó, y volvió para pernoctar en Lo de Soto, quedando nosotros en Ometepec.

«En ese día, el contrario había tenido seis ó siete muertos y algunos heridos, y nosotros sólo perdimos tres hombres y al Teniente D. Manuel Aburto, que por estar gravemente enfermo, y no haberse acordado de él sus compañeros, que fueron los más desmoralizados en el momento de la referida sorpresa, lo dejaron en su cama, donde fué asesinado. Pero si bien es cierto que en ese respecto tuvo el enemigo más pérdidas, la fuerza suriana que venía en mi auxilio se dispersó en su mayor parte y ya no conté con ella.

«Á virtud de todo lo ocurrido, pasé á acamparme á los bajos de Quetzala, con objeto, en mi carencia de recursos, de aprovechar los pastos para los caballos y la pesca para mis soldados. Permanecí en

aquel lugar una semana, mientras me llegaban algunos auxilios remitidos nuevamente de «La Providencia» por el General Álvarez, á quien avisé lo ocurrido en Lo de Soto. Al arribo de unos 200 infantes que él me envió, emprendí la marcha otra vez sobre el enemigo, sorprendiéndole un destacamento de cuarenta ó cincuenta soldados que tenía en Pinotepa.

«La fuga de este destacamento desmoralizó mucho á las tropas de Ortega, que se habían acantonado en Jamiltepec, adonde llegué horas después que los muy pocos que pudieron huir de Pinotepa, en los momentos en que Ortega acababa de abandonar la población.

«Lo perseguí, pero mi persecución, á virtud de que se me atravesó un río, no pudo ser muy larga, aunque sí fructuosa por la dispersión que le causé, y por las armas y municiones que dejó en mi poder.

«Á mi regreso á Jamiltepec, el 13 de Abril de 1866, encontré 400 fusiles que había dejado Ortega escondidos en su salida precipitada, cuyas armas estaban todavía con el empaque de la fábrica, y después recogí otras muchas que había puesto en manos de reclutas que huieron con ellas para sus pueblos; pero como Ortega había dejado sus papeles abandonados en su alojamiento, tuve en mis manos las listas del reparto de armas, y así pude reclamarlas á los que las tenían, con lo cual logré adquirir unas quinientas, incluyendo en ese conjunto las antes recogidas. Estas armas eran de sistema Enfield, mejores que unas que el General Álvarez me había antes prestado, y que le devolví entonces, dándole las gracias, porque por lo pronto no tenía bastante gente para usar todo el armamento.

«Contenido así el avance de Ortega, se volvió derrotado hasta la ciudad de Oaxaca.

«Permanecí dos ó tres días en Jamiltepec, para dejar medianamente atendidos nuestros heridos, arbitrar recursos y salir rumbo á Oaxaca, sobre las huellas de Ortega; pero habiendo tenido noticia de que en Putla había un destacamento de alguna importancia, me dirigí á ese pueblo, á campo traviesa, sobre la montaña, hasta caer en el valle de Putla. Por los primeros aldeanos que encontré en ese valle, supe que el destacamento había marchado el día anterior á las órdenes de un español apellidado Ceballos, Mayor de caballería.

«Esta noticia me animó á acelerar el paso con sólo mi Estado Mayor, para ganar algún tiempo, á efecto de proporcionar víveres á la tropa con algunas horas de anticipación.

«Había yo agregado á mi citado Estado Mayor, todos los jefes y

oficiales recién incorporados, á quienes no podía todavía colocar en filas. En consecuencia, formábamos todos un grupo de más de treinta hombres. El Capitán D. Carlos Pacheco, que después fué General de División y Secretario de Fomento y de Guerra, y el Mayor D. Juan de la Luz Enríquez, que llegó á General de Brigada y á Gobernador del Estado de Veracruz, figuraban en aquel Estado Mayor.

«Al tocar la población de Putla, en concepto de que estaba desocupada, vi por una de las calles, atravesar rápidamente á un hombre con una banderola roja, y me pareció que sería algún rezagado del enemigo. Con intención de aprehenderlo, dispuse que, al galope, un grupo de oficiales entrase por un lado de la plaza, y otro conmigo por el lado opuesto, tomando al efecto dos calles paralelas; mas nuestra sorpresa fué grande al encontrar formada en aquella plaza toda la fuerza de Ceballos, que nunca supuso que los que así nos le echábamos encima fuésemos unos cuantos, y haciéndonos fuego, se puso en retirada para Tlaxiaco. Aprovechamos las circunstancias, y sin comprometernos seriamente, disparamos nuestras pistolas sobre aquellos 200 hombres, los que se amedrentaron más al llegar á la orilla de la población, por distinguir en el camino la caballería de Leyva, que á todo escape venía á socorrernos, luego que oyó nuestros tiroteos. Con esa caballería mandé en el acto perseguir á los que huían.

«Por tal manera ocupamos á Putla, de donde me dirigí nuevamente á Tlapa, porque el General Álvarez me dió aviso de que amagaba el enemigo otra vez el Estado de Guerrero. Estando allí se me presentó un comisionado de Visoso, quien había sido procesado por el Gobierno Imperial, en virtud de las derrotas que sufrió, ofreciéndome los servicios de aquél, los cuales acepté con la condición de que no viniera solo, sino con alguna fuerza, y haciendo antes alguna clara manifestación que me diera garantías de su buena fe en aquel trance. Á virtud de tal contestación, pocos días después, Visoso salió furtivamente de Puebla y se dirigió en la noche á Chiautla, en cuya guarnición tenía simpatías. En la misma noche, previo acuerdo con la gente que formaba esa guarnición, se sublevó, matando al jefe político y Comandante militar del punto.

«Mandó poner en mi conocimiento ese suceso, y protegí su incorporación con una marcha hasta el pueblo de Chila de la Sal. Visoso llevaba cerca de 200 hombres y un obús de montaña.» (Memorias).

Á mediados de 1866, recibió el General Díaz la noticia de que Juárez había dado en Paso del Norte, el decreto de 8 de Noviembre

de 1865, prorrogando el período de sus funciones presidenciales y el de las funciones del Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Dicho decreto, refrendado por el Ministro de Relaciones y de Gobernación, D. Sebastián Lerdo de Tejada, se dió en virtud de la imposibilidad de hacer las elecciones, y fué bien aceptado por la gran mayoría del partido liberal; pero el General González Ortega, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, protestó contra el decreto de Juárez y pretendió asumir el Poder Ejecutivo.

Al fracasar su proyecto, González Ortega se refugió en los Estados Unidos, y nuestro Ministro en Washington informó de todo esto al jefe del Ejército de Oriente, quien contestó en los términos siguientes:

«Mayo 19 de 1866.—Sr. D. Matías Romero.—Washington.

«He hecho publicar aquí los decretos del Gobierno.

«El primero, relativo á la prórroga del período Constitucional del Presidente, se ha recibido con notable satisfacción. Es inútil hablar de mis opiniones, porque siempre las revela mi conducta, que consiste en la obediencia absoluta, ó en mi absoluta separación de toda posición oficial, cuando mis convicciones no me permiten estar de acuerdo con la política que se sigue.

«En el presente caso, el paso dado por el Presidente, no sólo me parece oportuno, sino la única conducta que puede conducir á la salvación de la República.

«El decreto que dispone sean encausados el General González Ortega y demás jefes y oficiales que se hallen en igualdad de circunstancias, está, á mi juicio, bien fundado en la Ordenanza Militar y en los usos de la guerra.

«Creo, por tanto, que el Gobierno no ha hecho más que cumplir con su deber sobre este particular.

«Su afectísimos servidor y amigo: PORFIRIO DÍAZ.»

Incorporado Visoso á las fuerzas liberales, el General Díaz se dirigió al Estado de Puebla, con el fin de proteger el pronunciamiento, ya proyectado, del pueblo de San Juan Itzcaquixtla.

«Mientras se efectuaba el pronunciamiento, el General Trujeque, que se encontraba al servicio del enemigo en el rancho de Tacache, punto estratégico para observarme y observar á Itzcaquixtla y Silacayoapan, pueblos muy sospechosos para los imperialistas, me mandó en comisión al Capitán D. Enrique Travesí, que era ayudante suyo y hermano de D. Manuel Travesí, mi Secretario particular, ofreciéndome ponerse al servicio del Gobierno con toda su fuerza. Me

daba como garantía la vida de D. Enrique Travesí, que quedaría en rehenes con los míos, mientras yo pasaba á tener una conferencia con él en el rancho de Tacache, adonde me citaba.

«Como la situación empezaba á declinar para los imperialistas, y yo conocía el carácter de Trujeque, no me pareció inverosímil su cambio, y salí para Tacache, acompañado de un ayudante. Al salir de Xochihuehuetlán, donde me hallaba, quedaron muy alarmados todos mis subordinados de que emprendiera solo esa marcha, sin escolta que me diera seguridad, y convinieron en que me seguiría á cierta distancia, para que yo no me apercibiera de ello, el Teniente Coronel D. Marcos Bravo, con 100 caballos de lo mejor que teníamos. Pasé la avanzada de Trujeque, sin novedad; dicha avanzada era un puesto nada más de vigilancia, formado por cinco hombres desmontados.

«Al llegar al rancho de Tacache, y en los momentos de bajar del caballo á la puerta del jacal donde estaba alojado Trujeque, hicieron fuego, de otro que había al lado opuesto de la pequeña plaza, sobre mí y mi ayudante, hiriendo ligeramente el caballo de éste. Salimos á todo escape por donde habíamos entrado, forzando la avanzada, y seguidos á corta distancia por gente de á caballo.

«Cuando mi ayudante y yo corríamos de ese modo por las colinas, vi fuerza de caballería que, al parecer, salía á cortarnos la retirada. Á poco reconocí que esa fuerza pertenecía á los míos, y entonces me incorporé á ella y retrocedió la de Trujeque.

«Acto continuo me escribió el citado Trujeque, explicándome que todo lo que había pasado fué porque me reconoció algún oficial de los que no estaban de acuerdo con él, y yo quedé en duda de la verdad de lo ocurrido, porque pensé que si hubiera habido algún plan preconcebido, bastaba que me hubieran dejado echar pie á tierra para que hubieran sido dueños de mí y del ayudante que me acompañaba.» (Memorias).

A principios de Junio de 1866, el General Díaz se movió sobre Chiautla, con el objeto de sorprender á la guarnición imperialista de aquella plaza; pero en la madrugada, y al hacer los preparativos para el ataque, se le disparó el fusil á uno de los soldados, y los otros, creyéndose descubiertos, empezaron á disparar sus armas en la obscuridad, resultando algunos heridos.

El enemigo, que era considerable, al oír los disparos, como estaba bien posicionado, se aprestó á la defensa, y el General Díaz tuvo que retirarse.

El tambor mayor de la tropa del General Díaz resultó herido en una rodilla, y el General en jefe del Ejército de Oriente tuvo, en aquella vez, que hacer de cirujano.

«Lo llevé en camilla, con mucho trabajo; por varios días, y me ocurrió con él un episodio raro, hasta inverosímil.

«Encontré en el pueblo de Xochihuehuetlán á un extranjero, llamado Jhonston, que estaba de paso y se presentaba como médico; pero según supe después, no había sido sino mozo de un doctor inglés, de quien heredó, no sólo sus libros, papeles, diploma, botiquín é instrumentos, sino también el nombre. . . .

«Siendo de absoluta necesidad cortarle la pierna á Rodríguez (el tambor mayor), dije á Jhonston que le hiciese la amputación. Pretextó, para no hacerla, que no teníamos instrumentos quirúrgicos ni cloroformo; pero le obligué á que la hiciera, para lo cual le preparé una navaja de barba y un serrucho de carpintero, substituyendo el cloroformo con aguardiente.

«Cuando Rodríguez estaba completamente borracho, se procedió á la operación.

«Yo tenía la costumbre de presenciar las operaciones de mis subordinados, y me presté á ayudar á Jhonston como practicante. Apreté á Rodríguez la parte más inflamada de la rodilla, y notando que apenas había sentido dolor, di á Jhonston la navaja de barba. Al cortar la carne, se le quitó al hombre lo borracho, gritó, y al proseguir la operación, y ver la sangre que salía abundantemente de la herida, le dió un vértigo á Jhonston, que cayó desmayado.

«Todo lo que él pudo hacer fué el corte circular de la carne. Comprendiendo que en ese estado no era posible que quedara pendiente la amputación, me vi obligado á continuarla, sin embargo de que nunca había hecho una; pero por haberlas presenciado, sabía algo de cómo se hacían. Hice la disección y subí la carne para cortar el hueso del muslo, de manera que pudiera ser cubierto después por la carne que quedara. Corté en seguida el hueso con la sierra de carpintero, habiendo comprimido antes la arteria femoral, y no teniendo un torniquete con que entonces se hacía la compresión, coloqué en la ingle, sobre la arteria, una esfera formada de tiras de brin, que sujeté con fajas del mismo género, y la apreté por detrás, usando de una baqueta de tambor para dar torsión á la banda constrictora: ligué después las arterias, y pude terminar mi operación como si fuera cirujano; pero tenía la íntima convicción de que estaba tan mal hecha, que el paciente no podría sobrevivir muchas horas.

«Con gran sorpresa vi que se repuso; y vive todavía en Oaxaca, donde recibe su pensión del Estado, como militar retirado.» (Memorias).

El relato de este episodio fué hecho en 1883, y el amputado Rodríguez murió el año de 1892.

Como se ve, los abnegados jefes republicanos luchaban en muy duras condiciones, por la falta de toda clase de elementos, y aunque al oír el nombre de Porfirio, acudían voluntarios de los pueblos á ofrecer sus servicios al prestigiado y popular caudillo, la falta de recursos le impedía utilizarlos.

Así lo dice D. Porfirio en una de sus cartas á D. Matías Romero, que en ese tiempo estaba como Ministro en Washington:

«El principal inconveniente que tengo para contar con la fuerza que yo quisiera, es la falta de recursos: todos los pueblos me llaman, y me ofrecen las armas que les ha dado el Imperio; pero prefiero tener una fuerza reducida, á tenerla numerosa y sin haber alguno. Con dinero, tendría facilidad de extender mi línea de operaciones y llegar á lugares donde hay traidores ricos, que son quienes deben pagar los gastos de la guerra. Mi presupuesto es tan económico, que el soldado recibe doce centavos diarios, y á veces menos; en cuanto á los jefes y oficiales, sirven sin recibir sueldo. Se podría juzgar que debería yo exigir préstamos á los pueblos; pero no creo que ésta sea la marcha que debo seguir. No quiero extorsionarlos, y menos cuando son nuestros fieles aliados, llamados á servirnos grandemente en su oportunidad.

«El hecho más notable de estos días de Julio, es la derrota que Figueroa logró sobre una Columna austriaca, que por la sierra se dirigía á la costa de Sotavento.

«En Soyaltepec, lugar de la acción, fueron recogidos 93 cadáveres de austriacos; en todo el camino por donde aquéllos fueron perseguidos, de allí al plan de Tehuacán, quedaron muchos muertos, cuyo número no puede precisarse, dada la espesura del monte, y porque los perseguidores no eran realmente soldados de Figueroa, sino de los pueblos, que, apoyados por los primeros, tomaban sucesivamente puntos ventajosos en el camino, en los cuales hacían mal al enemigo, y los menos resueltos, desocuparon sus casas y les aplicaron fuego, para negar por ese modo, á nuestros contrarios, toda clase de recursos. En esta conducta heroica han sobresalido los pueblos de Soyaltepec, Ixcatlán y Ojitlán.»

El 20 de Agosto de 1866, el jefe del cuerpo de Ejército de Oriente, decía en un informe al Ministro de la Guerra:

«República Mexicana.—Línea de Oriente. —General en jefe.

«Ciudadano Ministro: Aprovechando el estado de distracción en que actualmente se encuentra el ejército invasor, por las operaciones de las fuerzas republicanas en el interior del país, he dispuesto hacer un movimiento general con los pequeños elementos de guerra con que cuento en los Estados de México, Puebla, Oaxaca, Tlaxcala y Chiapas, y han comenzado mis planes á realizarse, con buen éxito hasta ahora. El día 10 del corriente Agosto, el Coronel D. Jesús M. Visoso, sublevó 200 infantes de la guarnición de Chiautla, y derrotó con ellos el resto de la guarnición que mandaba el traidor Gavito, incorporándose en seguida con su fuerza, un obús de montaña y 86 fusiles sobrantes. El 13 del mismo mes, nos hallábamos frente á Chiautla, cuya plaza había sido recuperada por el enemigo, reforzado con la guarnición austriaca de Matamoros. En ese día, creí que el enemigo aceptaba el combate que mi presencia le ofreciera, pero no hizo más que salir á ver mis fuerzas, sin dejar el apoyo de la plaza fortificada, y volver hacia sus trincheras.

«En tal situación, recibí aviso de que el Teniente Coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa, á la cabeza del pueblo de Itzcaquixtla, había batido al traidor Granados Maldonado, Prefecto de Tepeji, haciéndole 7 muertos y 26 prisioneros, quitándole 30 fusiles y dispersándole la mayor parte de la fuerza, de la cual, se pasaron á nuestras filas, durante el combate, 28 jinetes.

«Embarazado Sánchez Gamboa por su pequeño botín, y perseguido de cerca por fuerzas procedentes de Tepeaca y Puebla, demandaba mi protección para incorporármese. En tal virtud, mandé al C. Gral. D. Francisco Leyva, Gobernador del tercer Distrito de México, con 70 caballos, para reunir las partidas republicanas que se hallaban en su Distrito, organizar y armar á la parte de aquel vecindario que se hallase dispuesta á defender la Independencia, y establecer, donde fuera posible, las autoridades republicanas; y con el resto de la fuerza que está á mis inmediatas órdenes, marché hasta lograr que se me reuniera con la suya, el expresado ciudadano, Teniente Coronel Sánchez Gamboa.

«Mientras esto pasa aquí, el C. Gral. D. Luis Pérez Figueroa, ha debido amagar vigorosamente la plaza de Tehuacán, por la parte del Norte; el Comandante de Batallón, C. D. Felipe Cruz, á la cabeza de 150 montañeses de las Mixtecas, ha debido ocupar el mineral de Peras, el día 12; en la misma fecha, el C. Coronel D. Manuel López y Orozco, ha hecho su marcha agresiva de Jamiltepec á Zola; la guar-

nición de Juchitán debe haberse trasladado á Tequisistlán, para cortar el camino entre Tehuantepec y Oaxaca. Espero el resultado de todas esas operaciones, que deben haberse ejecutado simultáneamente, y me aprovecharé del conflicto del enemigo para extender mi radio de acción por este lado, y adquirir algunos recursos para mantener á mis soldados, lo cual servirá también para poder ir á desafiar al enemigo, que se halla en Puebla, por medio de marchas cerca de aquella ciudad. Si, como me prometo con fundamento, sale á perseguirme, lo alejaré de su centro cuanto sea posible, y lo batiré, sólo en caso de estar seguro del buen resultado; pues no es ese, por hoy, mi principal objeto, sino poner en acción los elementos con que cuento en la parte Norte del Estado de Puebla, en Tlaxcala y aun en la misma Ciudad de Puebla, en donde ya comienza á agitarse el espíritu de la insurrección. Próximamente tendré el gusto de poner en conocimiento de usted, el resultado de todas estas operaciones, en las cuales no he dado participio á las fuerzas de Chiapas, Tabasco y Veracruz, porque las primeras deben estar en los límites de Oaxaca, en observación sobre Tehuantepec; las del General García, sobre Tlacoatlán, y las segundas deben conservarse siempre en guardia contra los agresores de Yucatán.

«Patria y Libertad.—Tlapa, 20 de Agosto de 1866.—(Firmado).
PORFIRIO DÍAZ.—C. Ministro de la Guerra.—Chihuahua.»

Tras el pronunciamiento de San Juan Itzcaquixtla, Trujeque abandonó su puesto de observación en Tacaché, y fué á incorporarse á la guarnición austriaca de Huajuápam de León.

Sabiendo el General Díaz, por correspondencias interceptadas, que á consecuencia de las últimas operaciones, por él emprendidas, los imperialistas de Oaxaca estaban desmoralizados, se propuso estrecharlos con la mayor actividad posible.

«Estando en Tepeji, las guarniciones imperialistas de Tehuacán, Huajuápam de León, Tepeaca y Acajete, se movían simultáneamente, dando á conocer el propósito de encerrarme en aquella población.

«La fuerza de Huajuápam era la más seria, y la dejé avanzar hasta Santa Inés.

«Cuando ella se puso en marcha, de Santa Inés para Tepeji, y las otras estaban ya muy inmediatas, tomé la dirección por el pueblo de Atexcal, y en una marcha forzada por Chazumba, y por toda la barranca de ese nombre, fui á salir cerca de Huajuápam de León, sin haber tocado camino nacional ni vecinal.

«Como mi arribo á Huajuápam era inesperado, encontré en *saba-*

na toda la caballada de Trujeque, que estaba en dicho punto; y como su excusa por el acontecimiento de Tacache, me había parecido obvia, dije á sus remonteros que se retiraran con los caballos para el pueblo, y que dijeran á Trujeque que le esperaba yo afuera. Le dirigí un recado escrito, en que le prevenía que ensillara y saliera á incorporármese. Procedí así, porque á más de la de Trujeque, había fuerza austriaca de infantería, que ocupaba las alturas de Huajuápam.

«Estaba tan cerca de la ciudad, que á poco de haber entrado la caballada, oí tocar botasillas, y me parecía que Trujeque iba á cumplir mis órdenes, pues le vi salir. Avancé con cautela á encontrarle, y en esos momentos rompió sus fuegos sobre mi fuerza, obligándome á atacarle y hacerle volver á las calles de la ciudad, hasta donde yo no podía penetrar, porque me lo impedían los fuegos de los infantes que coronaban los edificios.

«Permanecí dos días frente á aquel lugar, y cuando calculé que ya era tiempo para que regresara la Columna enemiga que debía haber llegado hasta Tepeji, y que estuvieran cerca de mí las otras de distinta procedencia, que también me buscaban, me retiré por la montaña rumbo á Tlaxiaco, adonde llegué.

«La noticia de mi presencia en Tlaxiaco alarmó mucho á la guarnición de Oaxaca, y salió en mi persecución el General Oronoz, que era el jefe de aquella zona militar, con 1,500 hombres de las tres armas. No estando yo en condiciones de batir á semejante fuerza, me dirigí á Chalcatongo, donde tal vez hubiera podido resistir, protegido por las condiciones del terreno y ayudado por los indios de la montaña, que todos eran patriotas celosos.

«Después de algunos días de permanecer el enemigo en Tlaxiaco y yo en Chalcatongo, con mucha escasez, por mi parte, de víveres y forrajes, así como de municiones de guerra, pues llovía mucho y no era posible secar la pólvora que podíamos elaborar, empezaron á desmoralizarse mis soldados y á desertar en partidas. La inacción obligada del momento, la falta de alimentos y las lluvias que calaban las carnes de aquella gente sin abrigos, abatieron su ánimo hasta el extremo que llevo dicho. Como quiera que hubiese sido, á mí, de pronto, me convenía mantenerme en aquellas ventajosas posiciones, y salvar de cualquier modo las demás dificultades.» (Memorias).

En tan aflictivas circunstancias, el General Díaz esperaba, con ansia, tener noticias de su hermano, que, según su creencia, debería, en ese tiempo, haber regresado ya de Chihuahua.

Cuando el General Díaz fué conducido prisionero á Puebla, el Co-

ronel D. Félix había emprendido un viaje, rodeando por los Estados Unidos, y llegando á Chihuahua, concurrió al asalto de aquella plaza; pero al saber que su hermano Porfirio se había escapado de la prisión se separó del Sr. Juárez, á quien se había presentado, y regresó á Oaxaca.

Entretanto, el jefe del Ejército de Oriente luchaba contra el clima, la deserción y el hambre, en las montañas de la tierra natal.

Una noche, la del 14 de Septiembre de 1866, visitando el General Díaz sus avanzadas en el camino de Tlaxiaco á Chacaltongo, acompañado nada más que por su clarín de órdenes, y desconsolado porque la principal de aquellas avanzadas había desertado, se sorprendió al oír el ruido de las pisadas de un caballo y la conversación de dos personas que por el mismo camino se acercaban.

«Permanecí quieto hasta que tuve dos bultos á la vista, y entonces me adelanté con mi clarín á sorprenderles, resultando que eran un hombre de á caballo y un indio que le servía de guía. El de á caballo era un español llamado D. Eugenio Durán, á quien yo no conocía, y después de alguna conversación que tuvo conmigo, en la que ocultaba el objeto de su presencia en aquellos lugares, cuando se convenció de quién era yo, me entregó unos pequeños pedazos de papel escrito, que traía con la firma de mi hermano, en que me avisaba que, aprovechando el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca, con la salida de Oronoz á perseguirme, la amagaba tan de cerca, que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios, hasta la plaza del mercado, poniendo en gran alarma á toda la ciudad, y obligando á la pequeña guarnición que allí había, á meterse detrás de trincheras, lo mismo que á la policía.

«Agregaba Durán, que con motivo de las hostilidades de mi hermano, que seguramente habían llegado á noticia del enemigo que ocupaba á Tlaxiaco, éste se movía violentamente para Oaxaca, y que era probable que, en los momentos que hablaba conmigo, que sería entre tres y cuatro de la mañana, el enemigo estaría saliendo del lugar. Con esta noticia, ya no me cuidé más de los caminos por las avanzadas abandonados; subí violentamente al Cuartel General, en compañía de Durán; antes de llegar, mandé tocar diana, y en seguida, llamada de honor. Acudieron á mi alojamiento, con toda prontitud, los jefes y oficiales; les leí los papeles que acababa de recibir, les manifesté que el enemigo abandonaba Tlaxiaco en esos momentos, y mandé dar el primer toque de marcha.

«Ocupé á Tlaxiaco entre diez y once de la mañana, cuando el ene-

migo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los comerciantes, y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. En la tarde, alcanzamos algunos soldados cansados, y la escolta de un oficial enfermo, á quien conducían en camilla.

«El hecho de haber tomado la iniciativa contra el enemigo, cambió por completo el ánimo de mi fuerza; y con ella, ya moralizada, emprendía mi marcha hasta pasar por cerca de Yanhuitlán, donde había un destacamento de 200 húngaros atrincherados.

«Oronoz había hecho alto por poco tiempo en Nochistlán, y con este motivo me dirigí al pueblo de las Andallas, en donde encontré á mi hermano, que, haciendo un rodeo, venía procedente de las inmediaciones de Oaxaca, con objeto de incorporármese con la fuerza que había organizado.

«Oronoz siguió su marcha rápidamente para Oaxaca; y yo, engrosadas mis filas con la fuerza de mi hermano, pernocté en Tecomatlán, pueblo que distará unos ocho ó diez kilómetros de Nochistlán, hacia el Sur y al pie de la montaña.

«En la noche, supe que los húngaros acuartelados en Yanhuitlán habían hecho una excursión á Nochistlán, en número de cien caballos. Calculando que allí podría encontrarles, me dirigí con caballería á aquel lugar, violentamente, antes de amanecer, dejando la infantería en Tecomatlán, á las órdenes del Coronel D. Manuel González. Me acompañó mi hermano, quien entre sus soldados traía un pequeño piquete de caballería. Llegamos á Nochistlán á los albores de la mañana, y nos avisaron que los húngaros habían permanecido allí pocas horas, y habían vuelto á tomar el camino de Yanhuitlán.

«Apenas habíamos avanzado algunos pasos para dicho lugar, cuando vimos formado, en una loma, un escuadrón de húngaros, sobre el que cargamos inmediatamente en dos distintas fracciones, de las cuales yo mandaba la principal, y el Gral. D. Vicente Ramos la otra.

«Chocamos con tal escuadrón dos veces, y al fin, en formación táctica, emprendió una retirada ejecutada tan hábilmente, que le permitió llegar á Yanhuitlán, sin sufrir grandes pérdidas.

«Dejaron los húngaros, en el campo de combate, muchos hombres y caballos, heridos unos y muertos otros; entre los últimos, el jefe del escuadrón, Conde de Gants. Este escuadrón tendría 100 hombres, y mi fuerza tal vez llegaba á 300, pero había gran diferencia entre la disciplina de ambas fuerzas. Por mi parte, sufrí también pérdidas; entre mis heridos estaba el Mayor de caballería, D. Manuel Bueno.» (Memorias).